

T. S. NORIO

El vicio de Napoleón

© T. S. Norio

© de esta edición, Krk Ediciones

www.krkediciones.com

Álvarez Lorenzana, 27. Oviedo

ISBN: 978-84-8367-701-8

D.L.: AS-1914-2020

Grafinsa. Oviedo

Índice

Cronología.	9
Introducción	21
 EL VICIO DE NAPOLEÓN	 37
 Fuentes	 413
Índice onomástico	427

Introducción

Este libro quiere ser una aproximación biográfica a Napoleón Bonaparte, al tiempo que un tratado sobre el efecto adictivo que puede desencadenar el contacto con tal personaje histórico.

Ciñámonos a unos hechos escuetos: Napoleón es, tras Jesús de Nazaret, el ser humano más biografiado de la historia. Se han publicado más libros sobre él que días vivió, y aun hay quien estima que esos libros suman más que los días transcurridos desde su muerte. Esta biblioteca desmesurada crece cada año. En cualquier librería del mundo, a día de hoy, pueden adquirirse libros sobre Napoleón recién publicados en editoriales de todo tipo. Editoriales cristianas, marxistas, dedicadas a las grandes ventas, minoritarias, académicas.

No es un hecho coyuntural. Si se mira hacia atrás, se ve que esa frondosidad literaria perdura desde el mismo tiempo de Napoleón. Ya en vida dio pie a un sustancioso mercado editorial. A los

cuatro meses de una batalla se vendían en las librerías de Londres crónicas más o menos testimoniales, más o menos veraces, sobre ella.

Y no es sólo la literatura. La lista de primeros espadas que han intentado, cada cual con su arte, ponerle el alfiler a Napoleón resulta asombrosa: Goya y Beethoven, Madame de Staël, Chateaubriand, David, Haydn, Walter Scott, Alejandro Dumas, Stendhal, Heinrich Heine, Victor Hugo, Tolstói, Pérez Galdós, Joseph Conrad, Puccini, Chaikovski, Toulouse-Lautrec, Conan Doyle, Nietzsche, Thomas Hardy, Bernard Shaw, Emil Ludwig, Abel Gance, Picasso, Dalí, André Maurois, Stefan Zweig, Stanley Kubrick, Iván Gil, Banksy...

Ahora bien, las manifestaciones artísticas son sólo una faceta de la atracción arrolladora que impone la figura de Napoleón. La comunidad académica tiene en su vida y en su época un filón inagotable para la investigación. Desde el detalle nimio hasta la gran teoría englobadora, se estudian los caballos que montó, las ropas que vistió día por día, lo que comió, sus órdenes, sus cartas, sus gastos, sus dolencias, sus amoríos.

Y, a más o menos distancia de la erudición profesional, existe una fauna riquísima de aficionados. Es algo propio de Napoleón: es popular, en el sentido de que todo el mundo lo identifica y sabe algo sobre él.

En el mundo existen a día de hoy cuatro mil enclaves napoleónicos a disposición de las hordas turísticas. Desde Badajoz hasta Lituania, desde Sidney hasta El Cairo, existen sociedades napoleónicas activas por todos los países. Hay cofradías dedicadas al estudio de las banderas, regimiento a regimiento, de cada uno de los cincuenta ejércitos que participaron en las guerras de Napoleón, de sus medallas, de sus uniformes; auténticas autoridades en el coleccionismo de figuritas de plomo, de sellos del mundo relacionados con Napoleón, en la recreación de sus batallas, en las subastas de balas de Waterloo.

Por supuesto, esta atracción tiene gradaciones y no afecta con igual intensidad a las personas expuestas. Inmunidad de rebaño, quizá, pero igual que algunos individuos pueden convivir perfectamente largos periodos de tiempo con una tableta abierta de chocolate o con una piedra de opio en

casa, también los hay que, quieran o no, se la acaban de una sentada; incluso, en ciertos casos, compulsivamente.

¿Por qué uno de los más notorios museos napoleónicos del mundo está en La Habana? ¿Por qué la iconografía universal del loco de manicomio es alguien con un sombrero atravesado en la cabeza y una mano metida por la pechera? ¿Por qué muchos de los cercanos a Napoleón acabaron demenciados? ¿Por qué en los actos públicos en torno a Napoleón es habitual que el conferenciante aparezca vestido de emperador, de húsar, de coracero polaco, de tamborilero repicando una marcha militar? O, para que no se pierda en la bibliografía, ¿por qué este caso agudo y reciente: el expediente sobre el historiador y académico Oleg Sokolov, considerado el mayor experto en Napoleón de Rusia, popular, reputado, quien, en agosto de 2019, asesinó a la becaria con la que convivía e investigaba, la troceó, metió los restos en una maleta y fue detenido cuando intentaba arrojarlos al río? Estaba borracho y su plan, según confesó a la policía, era terminar de deshacerse del cuerpo y luego suicidarse vestido de Napoleón.

Pero entonces es inevitable otra pregunta: ¿Por que Napoleón lleva tanto a la insania? Por supuesto cualquier época de la historia, cualquier pasión, cualquier naipe de las barajas del saber puede resultar igual de atrayente. De hecho, ha habido imperios más grandes, vidas más extensas, personajes muchos más propicios para haberse convertido en la carta del loco del tarot. Pero Napoleón se codea sin problemas con cualquiera en términos de posteridad, compite en la división de honor con la Grecia antigua, con la Segunda Guerra Mundial; noquea a Shakespeare y a Picasso, al imperio romano, a Stalin y Hitler y Churchill juntos.

Si se pudiese medir, al modo de la huella ecológica, la huella de posteridad que va dejando un individuo en las palabras, en el arte, en las costumbres, en las fiestas, en las leyes y en el total acumulado de la historia, la mancha que dejaría Napoleón sería visible a simple vista, soberbia, como un ribete de lamparón antiguo que hubiese dejado el derramamiento de un vino excepcional.

¿Por qué? En mi opinión, en Napoleón se juntan una serie de ingredientes que, siendo importantes uno a uno para montarse en el caballo de la pos-

teridad, al amalgamarse, se potencian, reaccionan entre sí, precipitan, generan un efecto multiplicativo, exponencial, y la sustancia resultante tiene la potencialidad de generar un gusto enfermizo que incita a su abuso, como ocurre con el opio o con la susodicha tableta entera de chocolate.

¿A qué ingredientes me refiero? Brevemente:

En primera lugar, está la importancia histórica «objetiva» de Napoleón. Su papel como personaje clave en el devenir de Europa y, por extensión, del mundo, es innegable. Napoleón pone fin a la Revolución francesa, termina de liquidar el Antiguo Régimen, asienta el triunfo de la sociedad burguesa, el culto al trabajo y a la propiedad; propicia sin pretenderlo el surgimiento de las naciones, centraliza la emisión de leyes y la promulgación de impuestos, crea el Banco de Francia, las prefecturas, el concordato, los institutos públicos para la educación secundaria, la Legión de Honor, el patrón bimetálico, el Código Civil.

El segundo ingrediente es la *extensión* de Napoleón, que se te impone. Ya el escenario es ingente: no hay muchos individuos que hayan recorrido a caballo sus dominios desde El Cairo hasta Moscú

y desde Madrid hasta Venecia, siempre de guerra en guerra.

En paralelo, dominando este desorbitado latifundio, está la extensión interior de Napoleón, su riqueza poliédrica. Ejerce de emperador, de general en jefe, de patriarca del clan, de jefe de prensa, de escritor, de libertador y de tirano a un tiempo. Y siempre a primer nivel. Baste un detalle de su faceta militar: su enemigo Wellington decía que si Napoleón estaba en persona en una batalla valia por cuarenta mil soldados.

En tercer lugar, está la proximidad de Napoleón con nuestra época, el hecho de que la sociedad que él conformó a partir de las cenizas o los frutos de la Revolución francesa sigue vigente en nuestra época. Su mundo, en esencia, es el nuestro: el sistema burgués, la propiedad privada, el trabajo, la meritocracia, el progreso, la sacralización del beneficio sin límites, las libertades civiles. Muchas veces es cercano incluso en mil pequeños detalles exactos: es un mundo con periódicos por la mañana, con panfletos subversivos y gacetas literarias. Un mundo con sus obras continuas para mejorar las carreteras, sus impuestos nacionales, sus lámparas de lágrimas, su

palacio de la Bolsa, sus asignados, sus arrabales, sus alcaldes, sus delegados provinciales del Gobierno, sus esclavos en las colonias y su gama de hipocresías para medrar.

Un ejemplo: la laboriosidad. Napoleón trabajaba dieciocho horas al día, centrado con una intensidad titánica en cada asunto que acometía, fuese grande o pequeño. Su jornada laboral, vista de cerca, no presenta grandes diferencias con la de cualquier emprendedor que empiece en un garaje y termina con un imperio empresarial que quiere ser al tiempo el gestor y el capataz de todo el cotarro, desde las grandes decisiones estratégicas hasta el color pantone de la imagen corporativa. Un comemundos salido de la nada que se ha convertido en jerarca a base de ambición, trabajo y energía, pero es incapaz de dejar de comportarse como el dueño.

El cuarto ingrediente son las fuentes ingentes. Ya las primarias resultan inabarcables para una vida humana, una montaña de documentos militares, diplomáticos, testimoniales, periodísticos, personales... Sólo las cartas de Napoleón verificadas y publicadas suman treinta y tres mil, más de cuarenta tomos en la última edición académica.

Añádanse a esto las fuentes secundarias, las terciarias, las cuaternarias... La bibliografía sobre Napoleón no distingue entre ficción y no ficción. Una biografía como la de Emil Ludwig, reeditada constantemente y considerada no sólo apasionante sino también veraz durante los últimos noventa años, resulta, a la vista del estado actual de los estudios sobre Napoleón, inservible como fuente académica, mucho más abrumadoramente inexacta en los detalles que cualquier novela histórica reciente que se haya beneficiado de las ingentes fuentes e investigaciones de que disponemos a día de hoy. Napoleón, doscientos años después de su muerte, se ha convertido, él solo, en un género literario transversal, nutritivísimo, abrumador. En este sentido, los libros que lo tratan, igual que los tarros de cacao advierten del porcentaje de auténtico cacao puro que contienen, quizá debieran incluir una advertencia similar sobre el tanto por ciento de datos fidedignos que incluyen cada uno en sus páginas.

El quinto ingrediente es la concentración en el tiempo. Napoleón murió con 51 años. Su imperio duró quince. Cuando le confinaron en la isla de Santa Elena, la Francia imperial que dejaba te-

nía casi las mismas fronteras que cuando había iniciado su carrera militar; en definitiva, las fronteras «naturales» de Francia: los mares, los Pirineos, los Alpes y el Rin. Poco para un imperio. Surgió y se extinguió en un instante de la historia, como un cometa refulgente y fugaz. No hay tiempos muertos en Napoleón.

Ahora bien, esta compresión temporal produce un espejismo: la ilusión sorda pero persistente de que es posible abarcar todo lo que se sabe sobre Napoleón, de que es posible adivinar su tuétano. Y este espejismo segrega el sexto ingrediente: la narratividad. No hace falta extenderse sobre ella. En un tiempo en el que los poderes de toda ralea pugnan por imponer cada cual su *relato*, la vida de Napoleón parece el arquetipo del todos ellos. Se cierra sobre sí misma, desde la isla en que nace a, casi en las antípodas, la isla perdida en que muere. Es una vida que avanza por capítulos. Esta plagada de grandiosas escenas. A su alrededor orbitan unos personajes secundarios extraordinarios. Hay aventuras, amores, sangre y coraje, reyes y geógrafos y princesas, húsares, cabalgadas a caballo, mazmorras, crímenes de Estado, ambiciones insalubres,

muertes ajenas, comedia, sufrimiento y tragedia a pasto.

Además, está lo autorreferente, lo metanapoleónico, lo posmoderno de su mito. Ese terreno común, esas fronteras rotas entre la ficción y la no ficción en que se ha convertido la literatura sobre Napoleón, la acumulación de estratos literarios durante diez generaciones de pacientes napoleonómanos, que no deja distinguir entre la verdad histórica del personaje y la de su mito, un terreno tan vasto que permite avanzar a tranco firme igual por lo verídico que por lo verosímil.

Por último, como séptimo ingrediente, están las grandes palabras: la sangre, la gloria, la valentía, el heroísmo, los muertos, la ambivalencia moral de aquel a quien unos llamaban el Anticristo y otros el Libertador, su fuerza de pionero, ese segregado misterioso y magnético que ya Goethe percibió en Napoleón cuando le conoció; esa atracción vertiginosa, como de imán, de fuerza viciosa, que produce el poder.

Ahora bien, por encima de convertirse en un tratado sobre las causas de la adicción napoleonómana, este libro tiene un propósito más personal.

Hace ya años, en una ocasión de la que no quiere acordarse, el autor, por ver si corroboraba o no su tesis, decidió sumirse conscientemente en los deliquios del vicio en su veta literaria, poniéndole, eso sí, iluso y cacaseno, un plazo al experimento. Era un riesgo certero. Palmario es que una de las características de cualquier adicción es que la voluntad ha de mantener una lucha fiera y muchas veces inútil para librarse de ella. En este sentido, el libro que la lectora o el lector tiene entre sus manos es el resultado —y, al tiempo, el galimatías y la terapia— de quince meses de un enviciamiento napoleónico constante, exclusivo, obsesionador, agudo, de resultados escasos pero con una resolución muy saludable. Léase, pues, todo lo que sigue entre paréntesis, como un historial clínico de muchos plagios horros o tal que en los caminos, y *vide* todo *passim*.

Una nota sobre las notas a pie de página: el libro tiene una cantidad determinada de ellas, pero podría haber tenido mil más o ninguna. Aunque lo puedan parecer, no figuran para darle un empaque de erudición —que para nada pretende— a la obra. En ellas he consignado con desmaña algunas referencias bibliográficas, algunos caminos que atraían

al estudio de los mil que surgían y algunos hilos sueltos en las tramas del personaje. También, en ocasiones, me ha vencido en ellas el apremio del vicio, el espejismo de que era posible abarcar entero al Pequeño Cabo, al Robespierre a caballo, a Nabuco, al hijo segundo de los Buonaparte. Son los comentarios de un yo atrapado hablando consigo mismo al verse arrastrado a profundizar y profundizar en cada faceta de Napoleón, el agobio creciente al darse cuenta de que cuanto más iba conociendo sobre el personaje, más ignorancias le apremiaban. Son notas alejadas de cualquier certidumbre: sólo pretenden mostrar al lector unas hebras dejadas sin desfruncir de lo que le puede ocurrir a cualquier individuo normal y equilibrado cuando, un día cualquiera que se antojaba inocente, le cae en las manos un libro sobre Napoleón, lo abre al desgaire, lo lee, le da curiosidad, busca otro, luego otro, luego un cómic, un artículo, una tienda de antigüedades, una película, va sumiéndose sin darse cuenta en el gusto y una determinada cantidad de años después se encuentra un día con que casi no puede acceder a su escritorio, ante las columnas de libros plagados de marcas y de carpetas sobre el personaje que

le rodean, tal vez con un sombrero negro atravesado en la cabeza.

Por último, pero lo más importante, quiero agradecer a Paloma Silva, Olga Huerta, Belén Artuñedo y Olaya García la lectura del manuscrito, sus correcciones y sus sugerencias. Agradezco también a Alberto Supiot y Evaristo Álvarez su ayuda con las traducciones.

El vicio de Napoleón

I.

Decid, musas: ¿quién, en la isla de Santa Elena, revisando papeles a cuenta de las memorias que ahora dicta, ha topado con un mapa antiguo de Córcega y se le ha venido como una avalancha de olor a estiércol fresco su infancia, y se ha dado cuenta de que, antes que emperador, habría querido vivir en una buhardilla de París que le costase un luis por mes, arreglándoselas con veinte francos al día, comiendo por treinta reales y escribiendo? Es curioso: se trata del mismo deseo que había anotado ya años antes el escritor Henri Beyle en su diario de juventud, tras ingresar de enchufe, en el papel de meritorio, en la expedición que iba a conquistar Italia. Los dos atravesando los Alpes en el mismo ejército, los dos cayéndose cada poco del caballo, el centelleante general y el joven subteniente.

Gustaba de los baños calientes. Cuando se hizo emperador engordó muchísimo. Reponía enseguida los hombres y los caballos muertos en cada

batalla, liberaba del presupuesto unos millones de francos para las viudas, los huérfanos y los lisiados y pasaba a otro asunto. Siempre fue impaciente, un fuego de poder le incendiaba por dentro. Pudo ser un gran païsano y se quedó en emperador. Con mucha capacidad de trabajo, eso sí.

Durante la retirada de Moscú, a 25 grados bajo cero, pasa frío en el trineo. Pese a que va embutido en gruesas prendas de lana, con botas de piel, cubierto por una alfombra y por un saco hecho con piel de oso, el emperador tiembla, se le forman pequeños carámbanos en la cara, el aliento se le congela en los labios. Caulaincourt (Armand de Caulaincourt, general, quinto marqués de Caulaincourt, diplomático, primer duque de Vicenza, gran escudero de Napoleón), el edecán que le acompañará durante todo el viaje, le tiende la mitad de su piel de oso. Los soldados, el resto del ejército imperial —¡cuéntales siempre que fueron seiscientos mil y volvieron treinta mil!—, no tienen tanta suerte. Ciegos entre una ventisca de desesperación, rígidos, hambrientos, congelados, tropiezan con cualquier rama chica, caen abatidos y ya no se levantan. Antes de que el cadáver se hiele, los que marchan

junto al caído lo despojan, lo desnudan, aprovechan unas botas, un cristal ahumado para proteger de aquella blancura insoportable los ojos, media patata; improvisan, o no, un túmulo y siguen su derrota.

En las Tullerías (el palacio de gobierno), cuando al fin llega a París en plena noche a los quince días de haber salido de las cenizas de Rusia, los mayores tardan en reconocerle. Un baño caliente, un poco de reposo y ya está en su gabinete, al trabajo atrasado. Lista de cartas que dicta, un torrente de órdenes y edictos. Nada de lo que ocurre en el imperio le es ajeno. Lo muy grande y lo muy pequeño, todo ha de ser pasado a su dictamen. Exonera a un alcalde de una negligencia; prepara el presupuesto para el año siguiente; agrega millón y medio de francos para los refugiados polacos y lituanos; ordena a su hermano mayor (José, el que tenía de rey en Nápoles pero ahora lo ha puesto de rey en Madrid) que se traslade a Valladolid; ordena a su hermana Carolina (de reina en Nápoles) que envíe a Verona cuatro escuadrones de caballería napolitana; reorganiza la Armada en una carta en la que alude por su nombre a cuarenta y seis barcos;

ordena construir una torre defensiva a orillas del Bidasoa; despacha regimientos y raciones de harina; compra uniformes, botas, mosquetes y cañones nuevos; ordena construir un nuevo tipo de carro tirado por cuatro caballos, ideado por él. A los cuatro días de haber vuelto de Rusia, ordena a su bibliotecario que busque «todos los libros, edictos, folletos, manuscritos o crónicas relacionadas con el procedimiento que se ha aplicado desde los tiempos de Carlomagno para coronar al heredero del trono».

2.

La mañana que nació era la fiesta de la Virgen de agosto en Ajaccio. Su madre estaba en la misa grande cuando sintió los dolores del parto. Volvió como pudo a casa, dura, sola, sin pedir ayuda, y sobre la alfombra de la sala dio a luz a Napoleón. No existe unanimidad entre los tratadistas —pero sí varias y distintas descripciones exactas— sobre el motivo del tejido que lucía aquella alfombra.

3.

Le gustaban las cerezas negras, el pollo frío, las sopas de leche y el tañer de las campanas. No podía soportar el olor a recién pintado. De pequeño, su madre los dejaba a él y a sus hermanos a veces sin cenar, no porque estuviesen castigados o por necesidad, sino para que aprendiesen a valorar la comida y lo que significaba el hambre. Pero lo del pollo frío era fijación. Cuando estaba trabajando, tenía que tener siempre, a cualquier hora del día o de la noche, uno o dos a mano. Véase, por ejemplo, Ludwig o *La pasión* de Jeanette Winterson, o este apunte de Arturo Conan Doyle:

—He aquí las cocinas imperiales —dijo De Méneval señalando la última tienda del cuartel general.

Luego, designando un hombre sentado a la entrada, dijo:

—¿Cuántos pollos van hoy, Borel?

—¡Ah, señor De Méneval, qué pena! —gimió el cocinero. Descorrió la cortina que cerraba la tienda: siete platos conteniendo cada uno un pollo frío, estaban en fila sobre la mesa—. El octavo está ahora en su punto; pero acaban de decirme que el emperador ha ido a la revista y he puesto al fuego el noveno.¹

¹ *El campamento de Napoleón*, Espuela de Plata, traducción de Manuel Machado, p. 104. Hay un museo en Italia que conserva los huesos del pollo que comió tal día concreto en tal posada. Y está lo del pollo a la Marengo. Habría que documentarlo.